

El cantar del profeta
y el bandido

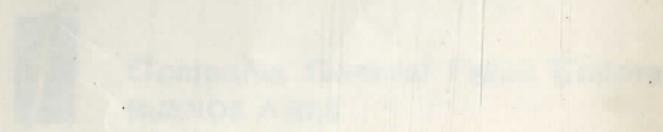
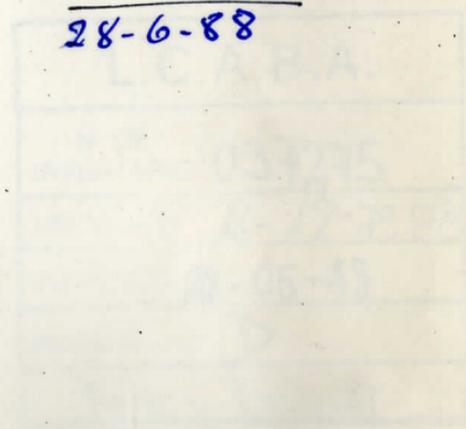
Para Ernesto Montecinos

gran artista y generoso

amigo, de

Benito Tizon

28-6-88



Universidad Autónoma de Baja California
BIBLIOTECA



"EL VIAJE" PARA TODAS LAS EDADES

25/8/88

Un Tizón fuera del embudo

Desde un lugar en Jujuy "donde el bosque ralea", Héctor Tizón escribe una narrativa de suerte latinoamericana.

(Por Eduardo Blaustein) Héctor Tizón, descendiente en línea directa de un militar español que conoció la Cuba colonial, que luego fue trasladado al paisaje desértico de Ceuta en el norte de África y que decidió finalmente hacer su propia Cuba en Jujuy alucinando plantaciones de bananas, es uno de los muy escasos escritores del interior que lograron romper la trama del embudo cultural argentino. Comparado a menudo con Juan Rulfo, "una comparación hecha de buena fe", según el mismo define, en la brecha literaria por la que Tizón se hizo conocido destacan otras singularidades: no solo escribe desde Yala en Jujuy, "un pueblito de cinco o seis casas", sino que su narrativa es la región misma. Yala significa, al cabo de unas cuantas disputas lingüísticas, "el lugar donde el bosque ralea", lo cual, orienta el escritor, debe entenderse viajando desde el sur al norte, "hasta el borde mismo de la quebrada de Humahuaca".

Tizón comenzó publicando en México, país donde residió varios años, y editó en la Argentina una especie de saga histórica de la que se reeditó no hace mucho *Fuego en Casabindo*. Punto Sur, la misma editorial que publicó ese texto, está a punto de lanzar —en una Colección de Narrativa para Chicos Grandes en la que figura Mempo Giardinelli, Rodolfo Rabanal, Mario Levrero— *El viaje*, un cuento que según el escritor jujeño "puede ser leído por gente mayor, avezada, como una parábola; pero también por los niños, para quienes está destinado, en forma más lineal".

"La verdad que no lo sé", dice Tizón con ritmo más que pausado, cuando se le consulta por su inserción en una cultura literaria conformada desde Buenos Aires. "No lo sé", reitera para sí mismo y dice que tuvo la suerte "de coincidir en los '60 con el auge de la narrativa argentina y latinoamericana, porque nunca tuve aptitud para hacer relaciones de tipo social con los editores". Con idéntica, irrefrenable calma, sostiene que eligió —tras vivir exiliado en Madrid— "volver inmediatamente a Yala porque ahí es donde tengo mi casa, porque necesito tiempo y el tiempo es algo muy caro en las grandes ciudades". Y resume sin presunciones de filósofo que "cada uno vive, en primer lugar, en donde puede".

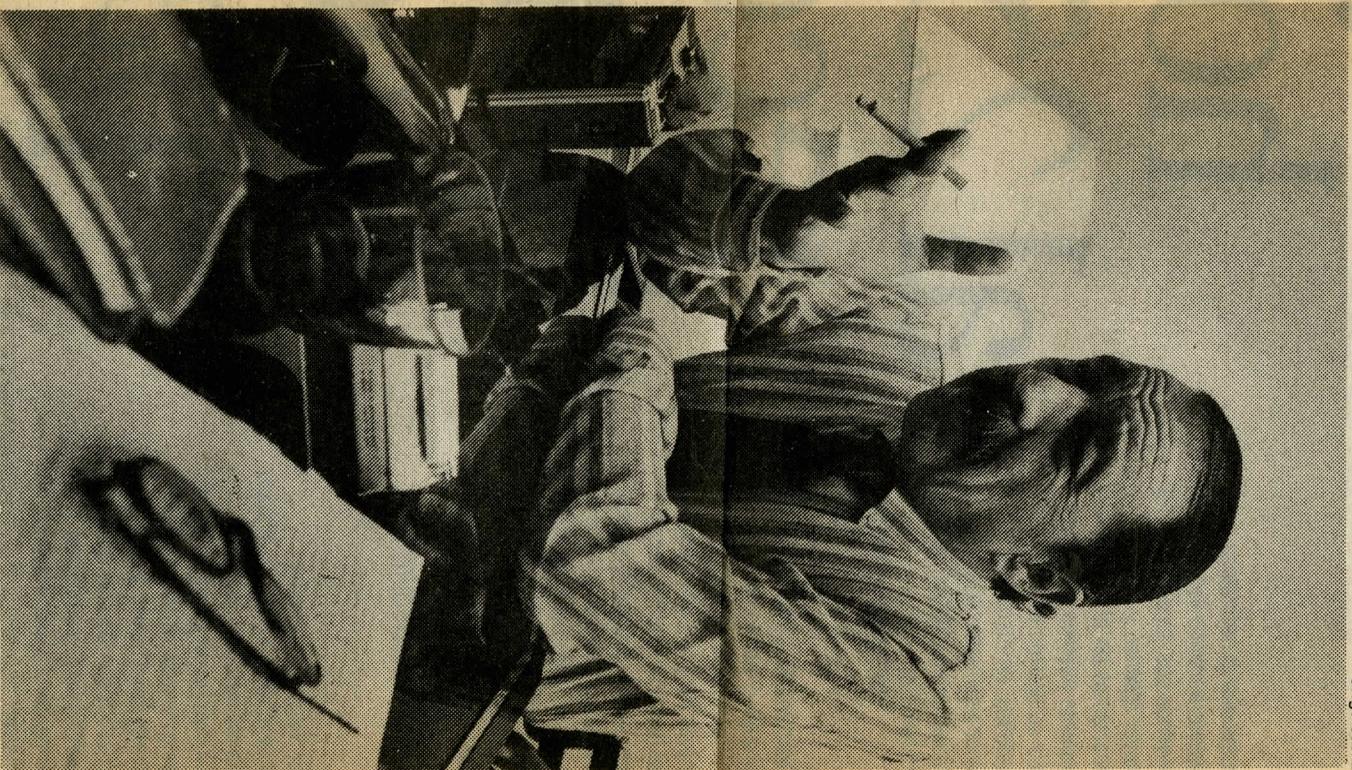
Cuando no pudo, cuenta, cuando debió radicarse en Madrid, le sucedió algo curioso. "Ah, sí —dice—, es muy curioso eso. Y como todas las experiencias íntimas es algo irrepetible. En un principio, un año, dos años, me era muy difícil escribir, no hice nada de lo que yo tomaba como mi propia escritura. Venía de un lugar lleno de tics, tenía una casa muy grande, a la que volví, donde hay silencio, en la que trabajaba sólo los fines de semana". Pero en Madrid la cosa fue distinta. "Tenía que producir a razón de diez o quince cuartillas por día y se me acabaron los tics. Un libro cada seis meses, que salieron con seudónimo excepto uno o dos. En total fueron once libritos de consumo masivo, desde novelitas con trama policial hasta antologías, prólogos. Algunos fueron francamente chapuzas", dice Tizón, subitamente castizo. "Pero hubo otros que incluso pensé reescribirlos alguna vez, alguna de esas novelas basadas en hechos policíacos monstruosos suce-

didados entre el 15 y la Guerra Civil española".

Tizón volvió y le ocurrió "otra experiencia notable", contemporánea con el final de la guerra en Malvinas. "Después de muchos años sin estar en el país me fui en automóvil y vi hasta qué punto, saliendo desde la altura del Tigre, el país estaba latinoamericanizado. Quizás pasaba desde antes, pero yo había perdido un poco la costumbre del ojo."

Con el ojo acostumbrado, en Yala, donde el bosque ralea, Héctor Tizón retomó la vida de abogado laboralista ejercida de lunes a jueves, la cual no parece lo suficientemente espectacular como para "que confunda las actividades". Sin embargo, lo que cuenta Tizón en sus libros combina la historia con la cultura y la deestructuración de esa cultura se entrelaza y convierte en trama argumental basada en litigios de tierras que se remiten a la época colonial. Pleitos que, explica Tizón, "todavía existen" (hace pocos días Luis Moreno Ocampo contaba cómo algunos jujeños testificaron en el juicio a los comandantes de la dictadura dirigiéndose verbalmente "al señor corregidor").

Los pleitos todavía existen y eso da pie a Tizón para hablar del lugar en que su literatura sigue anclada. Entusiasmado con el relato, siempre calmado, Tizón repasa experiencias agrícolas y especies exóticas de la tundra rusa para luego poner distancia y resumir la tragedia jujeña, la que aborda en su narrativa y tiene puntos de contacto con otros problemas regionales desconocidos desde Buenos Aires. Cuenta por ejemplo que en Jujuy había, "para cuando llegó el ferrocarril", en 1910, el triple de habitantes que quedan hoy. Después matiza sin embargo diciendo que la cultura punéa de sus relatos perdura en la actualidad y repasa su vigencia en fiestas de velorios y santos patronos que recorren los surcos. Cuenta que en ese juego de



Jorge Saenz

Héctor Tizón, comparado a menudo con el mexicano Juan Rulfo. "Tuve la suerte de coincidir con la narrativa de América latina."

destrucción cultural e identidades sobrevivientes, no se animaría a escribir sobre temáticas urbanas "porque un escritor debe incursionar en los terrenos que conoce". Pero se anima finalmente admitiendo que sí, que le hablaron del video del grupo Soda Stereo, filmado en

Tiicara, Jujuy. "Me hablaron con mucho entusiasmo", e incluso alcanza a recordar que los adalides del pop portero usaron como carrillos para la cámara "una de esas carretillas con ruedas de bicicletas que allá se usan para trasladar los bultos de los campesinos".